

LA FÁBULA DE
LA MONTAÑA
MÁGICA

La fantástica aventura de
Clara, Elsa, Iago Kim y Álex
contra el malvado Yermén

Lola Salmerón

LA FÁBULA DE
LA MONTAÑA
MÁGICA

La fantástica aventura de
Clara, Elsa, Iago Kim y Álex
contra el malvado Yermén

Los libros de Lola

© Lola Salmerón Galí

© Petit Camagroc, S.L.U.
Calle Doctor Trueta, 19, entresuelo 2ª
08860 Castelldefels (Barcelona)

© Ilustración de cubierta: Rebeca Podio Jiménez

© Ilustraciones interiores: Salvador López

© Fotografía de la autora: Inés Salmerón

© Diseño gráfico: underthecoconut
(info@underthecoconut.com)

—

Nueva edición: noviembre de 2021

Depósito legal: B 17307-2021

ISBN: 978-84-123545-5-3

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al editor si necesita fotocopiar o digitalizar algún fragmento de esta obra.

www.librosdelola.es

El papel de este libro proviene de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en Ulzama Digital, S.L.

*A Clara, por permitirme ser niña cada día;
a Paco, por hacer posible este sueño;
a Salvador, por sus fantásticas ilustraciones;
y a Marta, simplemente por estar ahí.*

Índice

| | |
|-------------------------------------|-----|
| La montaña piramidal | 11 |
| Andrina | 61 |
| El príncipe de Calcidia | 93 |
| La despedida de Anás | 121 |
| El ataque de los yermos | 129 |
| La desaparición de Yermén | 133 |
| Un precioso legado | 147 |

La montaña piramidal

Había un gran alboroto en el aula del colegio, se encontraban en el final del segundo curso de primaria. El apremiante calor de junio y el largo período escolar provocaba en los menores un estado de exaltación, acompañado por el nerviosismo de tener que despedirse de dos de sus profesores. Tanto la tutora como el profesor de educación física trabajaban como interinos en la escuela pública del pueblo. Los alumnos, muy tristes, se despedían de sus profesores. A pesar del adiós, el ambiente desprendía alegría, en el joven subconsciente de los pequeños prevalecía la satisfacción de haberse beneficiado de la enseñanza de dos buenas personas, de dos maestros capaces de conseguir que los niños y las niñas fueran con entusiasmo a la escuela y aprendieran con ilusión.

Sonó la alarma indicando que había llegado la hora de la salida. Clara se colocó la mochila llena de libros sobre la espalda y salió del colegio cabizbaja. Fue al encuentro de su madre que la esperaba afuera, agarró la mano de ésta sin apenas mirarla. Lola contempló a su hija algo apenada, sabía lo que habían significado para ella aquellos dos profesores. Le acarició la mejilla intentando reconfortar su dolor. Sin hablar, las dos realizaron el recorrido a pie que las llevaría hasta casa.

Tras cerrar la puerta del domicilio, Clara fue hasta la jaula de su hámster. Después de ver cómo éste se exhibía con un sinfín de acrobacias entre túneles y

una ruidosa rueda metálica, lo sacó de su casita y se lo llevó a su habitación. Permaneció silenciosa mientras acariciaba el suave lomo del ratoncito doméstico. La mamá de Clara entendió que necesitaba consolarse de algún modo; aquel animalito de orejas graciosas y finos bigotes podía hacer mucho más por Clara que las palabras que ella pudiese dirigirle.

Clara tenía muy buena relación con su madre, y Lola sabía que su hija necesitaba tiempo para desprenderse de la sensación de pérdida y volver a sonreír. La niña tenía una gran personalidad y buena capacidad de aceptación; admitir la situación podía depender de varios días o quizá solamente de unas horas.

La encargada de apartar a Clara de sus pensamientos fue una mariposa preciosa, con alas de llamativos colores. Parecía querer alegrar a la niña con un gracioso revoloteo multicolor.

—Mamá, mira que mariposa tan linda, ¡corre, ven!

Lola sin pensarlo dos veces fue veloz a la habitación de Clara. Realmente se sorprendió al ver aquel fulgor alrededor de las coloridas alas.

—Esta mariposa es verdaderamente bonita, además creo que es algo especial.

—¿De verdad, mamá, lo crees?

—Por supuesto, hijita.

Lola vio la ocasión de alegrar el corazón de Clara, aquella oportuna mariposa le serviría para conseguirlo.

—Clara, ¿tú crees en la magia?

—Pues la verdad es que no lo sé —le contestó la niña algo confusa—. ¿A qué magia te refieres, a la que sale en la tele?

—No, creo que te hablo de la magia que está a nuestro alrededor, en la naturaleza, sobre el firmamento, la

que existe para deleitarnos y cuidarnos cuando lo necesitamos.

—¡Ah! Ya entiendo, creo que alguna vez he podido sentirla, cuando he paseado por el bosque —contestó mientras introducía a la mascota de nuevo en su jaula.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo la has notado?

—Vaya pregunta que me haces, ¿cómo voy a sentirla sino es con un cosquilleo en la barriga?

Quizá Lola no esperaba aquella respuesta y se quedó unos segundos pensativa, sin entrelazar la conversación que mantenía con la pequeña. Las dos dirigieron la mirada hacia el exterior viendo cómo aquella mariposa salía por la ventana de la habitación.

—Pues sí, Clara, estas mariposas son mágicas, y anuncian una gran sorpresa a aquella persona que las ve.

—¡Que bien mamá! ¿De qué tratará mi sorpresa? ¡Qué afortunada que soy!

El rostro de Clara pareció cambiar, la alegría ya comenzaba a inundar sus ojos.

En cambio, Lola adquirió un gesto de preocupación, tendría que pensar rápido en alguna cosa especial para el día siguiente. Tendría que preparar algún tipo de sorpresa para que Clara continuase contenta, además le parecía bonito que ella creyese en la magia.

El ring del teléfono las apartó de la ventana y de sus divagaciones.

Lola descolgó el auricular y contestó con un tono afable a la voz que le llegaba a través del hilo telefónico. Clara se plantó ante ella observándola con curiosidad y prestando mucha atención a la conversación que mantenía. En seguida adivinó que estaba hablando con su tía Inés. Pero ¿qué era lo

que le parecía escuchar? ¿Hablaban de verse al día siguiente?

—Clara, creo que ya tenemos la sorpresa frente a nosotras —dijo Lola con voz alegre.

—¡Cuéntame, mamá, cuéntame! —gritó clara emocionada.

—Mañana vienen tus primos Álex y Elsa, y van a quedarse unos días con nosotras.

—¡Guau! Esto sí que es una sorpresa, me gusta la magia de las mariposas.

Lola suspiró pensando que ya tenía el tema de la sorpresa resuelto. Miró al aire pensando en aquella mariposa y casi pudo percibir un hormigueo en el estómago que le hizo sonreír.

Comieron algo ligero y después de recoger la cocina fueron hacia la habitación de la niña.

—Clara, manos a la obra, debemos preparar las camas para tus primos.

—Mamá, ¿podremos dormir los tres en la misma habitación?

—Si tú quieres. No nos cuesta nada instalar la cama plegable.

Clara se pasó parte de la tarde adornando su cuarto. Quería sorprender a sus familiares y diseñó un montón de dibujos que luego engancharía en las paredes tornándolas más coloreadas y creativas que antes.

Preguntó a Lola si podía bajar a la calle y dirigirse al campo que tenían cerca de casa para recoger algunas flores.

—Quiero que encuentren muy bonita la habitación, con todos los colores del arcoíris.

—Ves, hijita, y no vuelvas muy tarde. Mientras preparé algo para la cena.

Clara recibió la luz de una tremenda luna llena con gran cansancio. Tras darle las buenas noches a su madre, se metió en la cama esperando que el amanecer llegase sin demoras. No fue capaz de quitar a sus primos de su pensamiento hasta que el sueño le ganó ventaja y la dejó fuera de combate.

Al día siguiente, a Clara las horas se le pasaron más largas que nunca, deseaba impaciente la llegada de su tía y sus dos hijos. Era el primer día de sus vacaciones estivales. Sus primos venían todos los veranos a pasar unos días con ella, y solían aparecer por el pueblo en el mes de agosto. Esta vez le sorprendía el adelanto de la visita familiar, y estaba más que contenta por ello, pero la inquietud por la espera no le dejaba disfrutar del tiempo que disponía ahora que no se encontraba en el marco escolar.

Sabía que hasta el anochecer no llegarían, aunque igualmente se pasó parte de la tarde mirando por la ventana, imaginando a sus primos cambiados, más altos, más mayores. Elsa con el cabello más largo y ondulado que antes. Álex más rubio, pues el pelo solía aclarársele en verano. ¿Quién sabía con qué cambios podía encontrarse? ¿Y a ella?, ¿la encontrarían igual?, ¿la reconocerían rápido?

Se fue a la cocina con su madre con la intención de distraerse un poco.

Por fin el ruido del motor de un coche la avisó cuando se encontraba ayudando a su madre a preparar la cena. Soltó las verduras que tenía en las manos y bajó corriendo a la calle.

¡Sí, eran ellos!, bajaban del coche con cara de cansancio por el largo viaje. Los tres primitos se abrazaron formando un trébol humano de cálida piel.

—¡Vamos, rápido! ¡Subamos a casa!

Lo primero que hizo Clara al entrar en su hogar fue presentarles a su ratoncito. Después presumió de su creatividad enseñándoles la habitación recién decorada. Los invitó a salir al balcón para que vieran el estrellado cielo estival.

—Aquí todo es más limpio que en la ciudad, el cielo nos deja ver sus estrellas sin contaminación. Fijaros, hay miles de ellas brillando para nosotros.

Sus primos se rieron con ella, les gustaba estar con su prima, escucharla y compartir su mundo.

Cenaron aquella noche explicándose infinidad de historias, la mayoría anécdotas vividas en el transcurso de aquel último año. Planificaron con entusiasmo los días de lo que serían unas bonitas y divertidas vacaciones.

Los rayos de sol que entraban por la ventana no fueron capaces de despertar a los tres dormilones. Estuvieron hasta altas horas de la noche hablando y riendo en la oscuridad de la habitación.

Las dos hermanas, después de preparar un sabroso desayuno, fueron a despertar a los niños.

—Venga, chicos, el desayuno está listo —los avisó Lola.

Con cara amodorrada se fueron levantando, tomaron asiento frente a la mesa de la cocina y empezaron a devorar unas crujientes tostadas con mantequilla y miel, un desayuno que completaron con un tazón lleno de cereales bañados en leche de almendras.

Parecían tener prisa y en un periquete se terminaron el desayuno y salieron de la cocina después de haber recogido los cacharros sucios. Por la noche habían de-

cido que el primer día de sus vacaciones juntos harían una larga excursión en bici.

Ya dispuestos, cogieron sus mochilas, se subieron a sus bicis y fueron en busca de unas amigas de Clara.

Noemí, Denisa y Miriam no tardaron en estar listas para la excursión, no pasó lo mismo con Iago, otro de los amigos de la niña. Había tenido problemas con el encadenado de la bici y eso le entretuvo un buen rato. El chico era muy espabilado, y supo solucionar el problema como si de un experto en bicicletas se tratase. Apareció con la cara manchada de grasa, lo cual provocó unas risillas entre las niñas. Iago, despreocupado, se acercó a la fuente de la plaza para lavarse la cara. Solo faltaba Kim, el hijo de Ayla, la hermana mayor de Lola e Inés, que también vivía en aquel tranquilo pueblecito. Ayla apareció en su diminuto coche rojo, contenta de reencontrarse con sus sobrinos. Después de saludarles, abrazarles y besarles como ella solía hacer cuando les veía, sacó la bici de Kim del maletero y pidió al grupo que le prestaran un minuto de atención.

—Tened cuidado con Kim, deberéis estar pendiente de él, sabéis que es más pequeño que vosotros, quizá se canse un poco y tendréis que ir demorando vuestra marcha. Cuidarle como si fuera vuestro hermano chiquitín.

—Mamá, yo no soy chiquitín —dijo Kim un tanto molesto.

—Ven aquí, pequeñajo, si ya estás tan grande como yo —dijo Álex mientras lo alzaba en el aire.

Kim también se abrazó a Elsa, contento de volverla a ver.

Después de aquel cariñoso recibimiento, el grupo de niños descendió por la calle y desapareció entre risas

y jubilosas canciones, tomando dirección hacia un camino de tierra.

Eligieron una vía libre de circulación, quizá podrían encontrarse con algún tractor que fuese a trabajar las tierras pero, aparte de eso, nada podía impedirles una marcha tranquila. Su primera parada la hicieron en un campo de trigo ya segado. Unas enormes alpacas de paja ofrecían un espectáculo digno de inmortalizar, ninguno de ellos llevaba cámara fotográfica, pero sí unas tremendas ganas de corretear sobre aquellos tallos secos cortados. Era como estar en un campo de entrenamiento con juegos deportivos, en vez de salto al potro, se podía practicar salto a la alpaca. Después de un buen rato de piruetas en aquel labrado, continuaron con un alegre pedaleo. Unos veinte minutos después, un bancal de cerezos los obligó a hacer una segunda parada. Allí un buen atracón de dulces y maduras cerezas les mantuvo entretenidos un tiempo. Tras descansar un poco reanudaron de nuevo la marcha. Les faltaba menos de un kilómetro para llegar al lugar elegido como meta. Los últimos metros de recorrido ciclista se fueron ralentizando bastante, ya que Kim se quejaba de cansancio.

—¿Me podríais esperar? Me duelen las *patorrillas*.

—Pantorrillas, Kim, se dice pantorrillas —le corrigió Álex con cariño.

—Eso, que me duelen las *patorrillas*.

Aquel convencimiento de Kim provocó unas afables risas entre el grupo y de aquel modo llegaron hasta el temido pueblo fantasma. Cuatro masías abandonadas con aspecto sombrío se habían ganado aquella designación. Solo en uno de aquellos caserones podían atreverse a entrar, la que quizá había sido la más importan-

te de aquellas edificaciones. Se notaba en sus fuertes paredes y su techo con tejas intactas; en cambio las otras casas estaban medio derruidas.

Se acercaron lentamente, sin hacer ruido, como si en el interior de aquella gran casa existiese un monstruo terrible al que no quisieran provocar. Clara ya había estado en aquel lugar antes, y nunca se encontró con nada extraño, así que se sintió valiente y se aventuró a entrar la primera. Su primo Álex, siendo el mayor de los chicos, creyó que debía dar ejemplo y se unió a Clara. Elsa no iba a despegarse de su hermano y los siguió aunque con paso indeciso.

—¿Estáis seguros de entrar? —preguntó Denisa con voz temblorosa.

—Yo no entraré —dijo Noemí contestando a su amiga.

—Esperadme, cogeré un palo por si acaso —dijo Miriam acercándose a los chicos que ya estaban subiendo por las escaleras de la entrada.

De fondo se oyó un silencioso puchero. Era Kim, seguramente estaría pensando que le gustaría encontrarse lejos de allí.

Iago se acercó al más pequeño del grupo y le dijo:

—No tengas miedo, yo me quedaré contigo aquí fuera para protegerte de los fantasmas que viven ahí dentro.

Estas palabras no ayudaron a tranquilizar a Kim. Se cogió fuertemente al brazo de su amigo, convencido de que no iba a despegarse de él hasta que se marchasen de allí.

La entrada de aquel caserón estaba compuesta por una enorme sala completamente vacía, varias ventanas se podían ver en las despejadas paredes, y unos

resistentes porticones de vieja y deteriorada madera impedían que entrase nada del exterior, excepto una leve claridad que se colaba entre alguna que otra rendija. Los chicos se dirigieron a la parte izquierda de aquella sala, donde aguardaban unas escaleras de madera, éstas crujían mientras soportaban los pasos de aquellos intrépidos niños. Álex y Clara iban en cabeza, los seguía Miriam que iba abrazada a Elsa, sabiendo que la pequeña tendría tanto miedo como ella. Llegaron al primer piso, donde vieron un par de ventanales de madera sin vidrios, por los que circulaba a borbotones la luz exterior, acompañada de una suave brisa. Observaron con rapidez los pocos muebles que habían en aquella estancia, y Álex se acercó a unas estanterías guiado por la curiosidad. Había un montón de libros viejos amontonados y llenos de polvo. Le pasó uno a su hermana que estaba ilustrado con bonitas imágenes de animales. Elsa fue pasando las hojas con detenimiento, lo que hizo que olvidase momentáneamente el miedo que había sentido segundos antes. Miriam también se acercó a un estrecho armario, con dificultad abrió uno de los cajones, que parecía estar encajado, y tuvo que tirar con fuerza de él hasta que se abrió por completo. Al hacerlo lanzó un grito que hizo que los que esperaban fuera se estremecieran pensando que ya se habían topado con algún horrible monstruo. Elsa corrió hacia su hermano con un llanto contenido. Clara había producido un grito tan fuerte como el de Miriam, pero ya sonreía al ver que aquel gran susto lo había provocado un inofensivo roedor. Éste, probablemente más asustado que los chicos, había corrido a refugiarse bajo las carcomidas tablas de madera del suelo.

Álex, haciéndose el mayor, les dijo:

—No tengáis miedo, pequeñajas, no es más que un ratón.

Como si nada hubiese ocurrido continuó absorto en aquellos libros, uno de ellos le llamó especialmente la atención, pues destacaba sobre los demás, era diferente. No tenía en sus tapas nada de polvo y era extraño, no parecía un libro antiguo, pero tampoco podía compararlo con ningún libro que hubiera visto jamás en alguna biblioteca o en alguna librería.

—Clara, mira esto.

Clara se acercó y pudo comprobar que el interior del libro estaba lleno de hojas en blanco, con un papel tan fino que transparentaba y tan suave como la más delicada de las sedas.

—¡Espera! —le dijo Clara a su primo—, fíjate, esta página está escrita. —En sus palabras se apreciaba una gran intriga.

Las letras tenían una extraña forma, ya que más que escritas parecían bordadas con hilo dorado. Se podía leer claramente: «La puerta está abierta, encontradla».

Álex y Clara se miraron fijamente mientras pensaban que quizá acababan de descubrir un secreto muy importante. El chico se colocó el libro debajo del brazo decidido a enseñárselo a su madre en cuanto llegase a casa.

—Vayamos a ver qué cosas interesantes hay en la parte de arriba —dijo Álex.

—Me quiero ir, tete —le dijo Elsa algo pálida, no le gustaba nada estar en esa casa tan misteriosa.

—No te preocupes, Elsa, echamos un vistazo rápido y luego nos vamos.

Una escalera estrecha y muy inclinada parecía invitarles a subir. Elsa se negó rotundamente a seguir inspeccionando aquella casa, y Miriam algo aliviada aceptó acompañarla afuera. Así pues, mientras ellas volvían con el resto del grupo, Clara y Álex accedieron al desván. Había una sola ventana redonda, tan pequeña que apenas dejaba entrar la luz del sol. Sabían que aquella casa tan vieja no tenía red eléctrica, así que no intentaron buscar ningún interruptor que pudiera encender alguna bombilla que los alumbrase un poco. Con las pupilas dilatadas ante tanta oscuridad, pudieron distinguir un gran baúl en el suelo junto a la pared. Los dos tuvieron el mismo pensamiento y corrieron a abrirlo para ver qué guardaba en su interior. Habían montones de ropa y sombreros antiguos, y rieron mientras se probaban tan estrafalaria vestimenta. Clara comenzó a estornudar, el polvo que vivía dentro de aquel baúl le estaba jugando una mala pasada.

Álex le pidió que le siguiera, poniendo cara de suspense, acababa de descubrir una puerta que estaba entreabierta.

—¿Adónde llevará esa puerta?

Se dirigieron hacia ella lentamente, conteniendo la respiración mientras se acercaban.

—Ábrela —dijo Álex.

—No..., no, ábrela tú.

Álex estiró su brazo hasta que alcanzó el pomo de bronce, lo asió fuertemente y, muy, pero que muy despacio, lo fue girando. Una extraña sensación le impedía abrir aquella puerta con firmeza. Empezó a empujarla lentamente hacia dentro, no la había abierto del todo cuando un fuerte viento arremolinado envolvió a los dos niños entre susurros. Aquel aire vigoroso pare-

ció hablarles. Asustadísimos los dos niños arrancaron a correr escaleras abajo, saltándolas a trompicones de dos en dos. En menos de un minuto estaban montados en sus bicis pedaleando dirección al pueblo sin atreverse a mirar atrás. Temían que aquel viento que hablaba les estuviera pisando los talones. Los demás nada preguntaron. Imitaron a los mayores y pedalearon frenéticamente convencidos de que los perseguía un fantasma burlón o, peor aun, un monstruo de siete u ocho cabezas por lo menos. Esta vez Kim no se quejó ni una sola vez y corría más veloz que algunos de sus compañeros de aventura. Necesitaron hacer una parada a medio camino, ahora sí, en la lejanía se atrevieron a mirar el pueblo fantasma.

Noemí y Denisa les pidieron explicaciones, y les preguntaron que habían visto para salir corriendo de aquella forma. Miriam les repasaba de arriba abajo como esperando ver sus ropas rasgadas o con algún arañazo en las mejillas. Álex se atrevió a hablar, pero pasaron unos minutos hasta que pudo controlar su agitada respiración y expresarse con normalidad.

—Ahí en esa casa... hay un viento que habla, he podido oír cómo me susurraba, esos susurros me han dicho claramente: «La puerta está abierta...».

—Yo oí; «encontradla...» —añadió Clara a media voz.

Los dos al unísono y dándose cuenta de algo importante repitieron: *¡La puerta está abierta, encontradla!*

—Álex, el viento nos ha susurrado exactamente lo que estaba escrito en el libro —dijo Clara con los ojos abiertos de par en par, consciente de que acababan de toparse con algún tipo de enigma.

—¡El libro! —exclamó el chico al percatarse que no lo llevaba encima. Con el gran susto que se había lle-